

UN INSTANTE

ALLA en China vi una niña con sonrisa de caramelo,
vi banderas que oscilaban como faldas de color le-
vantadas por el Monzón

y presentí los años inminentes y terribles y des-
corazonadores que se acercaban.

Esta mañana no estoy en Wu-han, ni en Shanghai ni
siquiera en Pekín.

Estoy en cualquier punto de Europa,
apoyado en el codo izquierdo, contemplando a tra-
vés del ventanal un alto edificio de cemento
y cristal,

las perezosas nubes

y los desgredados pensamientos de mi baceza que
el viento revuelve como un puñado de algas,
y algo más allá, en el aulagar de los años y los
siglos,

diviso el suceder de los siglos, las guerras, las
revoluciones, un concierto de banda en el par-
que del Luxemburgo, un hospital rayado de ala-

ridos, dos novios en un abrazo bajo los puentes, los dictadores, los ejércitos dejándose arrastrar, las luchas de los estudiantes, un reguero de guerrillas en algún lugar de latinoamérica, los esteriores del capitalismo, el espejismo de la sociedad de consumo impuesto subrepticamente, una muchacha desnuda bañándose en un río,

y olvido, pero no perdono, los años inicuos de la República Popular China,

donde una niña, con el porvenir en la punta de sus cabellos, sonríe como un caramelo de limón al desprendérsele el papel.

